

El mismo General Régules, después de las ocurrencias de Uña de Gato, repuso y organizó su fuerza y penetrando al interior del Estado de Michoacán, de paso por Indaparapeo, á los pocos días de aquel suceso, en el mismo mes de Septiembre de 1866, desalojó y derrotó un pequeño destacamento imperial que cubría la plaza de aquel pueblo accidentalmente, recogiendo armas, parque y algunos caballos que en su fuga abandonaron los soldados del enemigo.

En 14 de Octubre de 1866, el Coronel José Vicente Villada llega á las inmediaciones de Jucutacato, población situada al Sur de la ciudad de Uruapan, como á una y media leguas de distancia.

Villada venía entonces del rumbo de Apatzingán con su Brigada que se componía de unos tres á cuatrocientos hombres de infantería y caballería. Su objeto era forzar el paso por el río de Cupatitzio, salir al llano y hacer una correría por las haciendas inmediatas á Taretan para proveerse de recursos pecuniarios y de algunos pertrechos de guerra.

Cubría entonces la plaza de Uruapan una guarnición de traidores al mando del Coronel Luis Madrigal, de Penjamillo, de infantería, caballería y artillería, en número de cuatro á quinientos hombres, estando el perímetro de la plaza bien fortificado.

Al saber en Uruapan la aproximación de Villada, Madrigal dispuso una columna, como de trescientos hombres, con una pieza de montaña para salir á batirlo. Llevó el mando en jefe el mismo Madrigal, y entre los oficiales que le acompañaban iba el Capitán Fagoaga y un oficial Zuloaga, á quien ha visto en México el que esto escribe en un cuartel fungiendo de Teniente Coronel. La plaza

indicada quedó con el resto de la fuerza, al mando de un Capitán Queridón, antiguo soldado del Ejército del dictador Santa Anna.

Serían las dos de la tarde cuando salió la columna de tiradores, á espantar las chusmas de ladrones y castigar al Villadita, que así le decían Madrigal y sus oficiales, que jactanciosos y charlatanes creían humillar al vecindario y muy especialmente al bello sexo de la ciudad partidaria de los republicanos, tan amiga de Villada, en cuya fuerza venían jefes, oficiales y tropa ligados en parentesco y amistad con todas las clases sociales de la ciudad cautiva. Madrigal salió con los suyos insolente y burlón con el vecindario. Este guardó una actitud digna, negándose por completo á cubrir el servicio de trincheras que se le tenía impuesto y que entonces se le exigía, pero sin éxito. Puede juzgarse del estado violento en que ahí se quedaron las familias, que sabían que con Villada venían sus jefes sus hermanos, sus hijos, deudos, pobres y enfermos y tener que habérselas con la tropa de línea, bien municionada y con la confianza de sus victorias recientes.

En menos de media hora franqueó Madrigal la distancia entre Uruapan y Jucutacato: en las calles de ese pueblo, se encontraron las guerrillas avanzadas de una y otra fuerza y después del tiroteo de reconocimiento, cada guerrilla se concentró al grueso de su fuerza.

Villada al saber la aproximación del enemigo tomó sus precauciones en una pequeña eminencia que está al salir de Jucutacato sobre el camino que conduce á tierra caliente. La caballería al mando del Coronel Francisco Magaña, cubrió los flancos y desprendió la guerrilla de observación, con orden de que al encontrar al enemigo lo provocara con un tiroteo y lo atrajera al sitio en que se le esperaba.



Madrigal que no creyó lo esperaba el enemigo, le sorprendió la actitud en que se le recibió. En consecuencia, ordenó que un oficial con una pequeña escolta montara la pieza y cubriera la retaguardia; y él con el grueso de la fuerza, avanzó desplegando sus tiradores por los flancos, y por el centro en columna cerrada contra el enemigo. El choque fué rudo, las posesiones fueron disputadas por los contendientes; la victoria estuvo indecisa por más de una hora, hasta que los traidores tuvieron que ceder dispersándose y abandonando á sus jefes. Madrigal cayó prisionero. Taguada muerto y muchos soldados prisioneros también. El oficial que tenía á su cargo la pieza, viendo la desvandada de la tropa, corrió para Uruapan y así pudo salvar el cañón. Algunos oficiales tuvieron que abandonar sus caballos para escapar en la fragosidad del pedregal de Jicalán. Aun no se obscurecía cuando estos dispersos llegaban anunciando á la ciudad obligada su vergonzosa derrota, confirmada con el cadáver del Capitán Taguada, que por sus exageradas exigencias y odio á los liberales, se había captado el aborrecimiento de los vecinos.

Villada se ocupó de levantar el campo, engrosando sus filas con los soldados prisioneros que quisieron servir en las fuerzas republicanas, recogiendo más de doscientos fusiles, algunos cajones de parque, caballos y lanzas, y la moral de su fuerza muy levantada, fué el fruto que obtuvo en esa jornada.

No atacó en seguida la plaza de Uruapan, porque victorioso, como estaba, no tenía los elementos indispensables para dominar á cerca de doscientos hombres que la cubrían tras las trincheras, de regreso y con mucho parque.

En consecuencia, Villada se retiró entonces para la hacienda de los Bancos, habiendo pernoctado

en las rancherías del tránsito. Contento y satisfecho, como lo estaba, el vecindario de Uruapan, que luego supo habían salido ilesos de la refriega todos los suyos, se felicitaba entre sí.

El Coronel Villada, considerando el gran peligro que amenazaba á su prisionero Madrigal al ser presentado al jefe superior de las fuerzas republicanas, se disimuló de su vigilancia á fin de que se evadiera de la prisión y se pusiera en salvo de una muerte segura, al ser fusilado por orden superior, cuya evasión verificó el prisionero á los pocos días.

El 26 de Octubre de 1866, de tránsito el Coronel Esteban Bravo con la fuerza republicana de su mando, por el municipio de Huaniqueo, en dirección á la hacienda de la Labor, se encuentra de improviso en el trayecto que divide esos puntos, con la tropa imperialista acaudillada por el traidor Ramón Méndez, comenzando desde luego una lucha desesperada pero de poca duración.

En ese hecho de armas fué adversa la fortuna á los traidores que mandaba Méndez, falleciendo en la fecha citada, el imperialista Andrés Avelino Pineda, ascendido pocas horas antes del día del encuentro á Coronel del 4 de caballería, cuyo cuerpo favorito de Méndez, fué derrotado en el paraje indicado.

Como á ese jefe traidor causó mucha indignación tal acontecimiento, mandó reclutar campesinos indefensos, quitándolos de sus trabajos y sacándoles de sus casas con el carácter de prisioneros, con motivo de no haberle dado aviso de la aproximación de las fuerzas republicanas del Coronel Bravo. Con aquellos infelices reclutados en-



tró Méndez á Puruándiro, el 27 de Octubre, dándoles el nombre de prisioneros de guerra; y el 29 del propio mes y año, dispuso el traidor Méndez, se fusilasen de su orden, quince campesinos en cada una de las cuatro garitas que dan acceso á la ciudad; dejándoles bien muertos en los lugares de la ejecución á cargo de la policía para su remisión y entierro en el panteón de aquella ciudad. «Digno acto de aquel hombre feroz y sanguinario, á quien con sobrada justicia se le titulaba el Tígre de Michoacán.»

De esos infortunados seres, solo uno no quedó bien muerto, como los demás por que los proyectiles disparados sobre su cerebro, no le causaron más mal que, ligeras contusiones y una pequeña herida, al parecer un rozón. La Policía notando que uno de aquellos infelices estaba vivo aún, procuró guardar silencio y dar parte al Prefecto de aquella ocurrencia, quien protegió la vida de aquel campesino, mandándole ocultar en seguida con la mayor reserva, y al día siguiente que Méndez dejó á Puruándiro marchándose á Morelia, el mismo funcionario dispuso volviera el ranchero á su casa sin condición alguna, por lo que ese quedó muy reconocido á la autoridad, estimando en cuanto valía ese servicio, lo mismo que agradecido á la policía encargada de recoger y sepultar los cadáveres; ignorándose el nombre y procedencia del campesino afortunado, porque la prefectura respectiva no tomó razón de ello.

Por esto es que los vecinos de Puruándiro, tuvieron que presenciar con horror é indignación la sangrienta hecatombe que tuvo lugar en el funesto día 29 de Octubre citado en las garitas de la ciudad. El mismo General Méndez mandó fusilar también en la misma fecha, entre los campesinos al Teniente de caballería Juan de Dios Robles, que un día antes obtuvo licencia de su coronel Ronda

dara pasar á la hacienda de Tecacho á asuntos de familia, en donde fué capturado por una fuerza de Méndez y llevado á Puruándiro. Lo mismo pasó al Alférez Antonio Pimentel, perteneciente á otra Brigada republicana, siendo ambos fusilados en las garitas entre los campesinos.

El mismo General Méndez recibió informes muy satisfactorios de los vecinos de Puruándiro, antes de la ejecución, respecto de la inocencia de éstos y de no pertenecer á las fuerzas republicanas, pero como ese traidor estaba sediento de sangre, aun quería verla derramar y por lo mismo no atendió al informe del vecindario, llevando á efecto la ejecución de aquellos hombres ajenos á la política y dedicados á sus tareas campesinas.

A los pocos días de los fusilamientos expresados, regresó de Morelia á Puruándiro el General Méndez, y como los tiranos siempre tienen aduladores, no faltó uno que le dijera que dentro de los sesenta y tantos hombres ejecutados por su orden en las garitas de la ciudad, á uno de ellos, campesino de oficio, no le ocasionaron la muerte los proyectiles disparados sobre su cerebro, puesto que solo le aparecieron ligeras contusiones en ese sitio y leves raspaduras en la piel, y que con ese motivo se había encontrado vivo entre los que sí quedaron bien muertos en los lugares respectivos de la ejecución. A ese informe contestó Méndez encojiéndose de hombros, pues si tal cosa pasó, buen provecho haga al afortunado labriego; pero que sin embargo se cuide mucho de no meterse en otra.

De la noticia y contestación que anteceden fué testigo presencial el propietario de la hacienda de Copándaro del mismo Distrito de Puruándiro, Sr. Serapio González, quien hablando con el Coronel Ronda acerca de los fusilamientos del día 29 de Octubre antes citado, á presencia del que esto es-



cribe, le refirió aquél lo ocurrido entre el adulator y el traidor Méndez.

Los episodios que anteceden los trasmitió el Prefecto de Puruándiro al que esto escribe por haberse permitido solicitarlos de ese funcionario, á fin de que merezcan el correspondiente crédito; cuya nota, como otra de la misma naturaleza, conserva entre sus papeles.

De paso por la Villa de Quiroga para Morelia el General imperialista Ramón Méndez, mandó fusilar en aquella población, el 25 de Noviembre 1866 en la plaza de la Loza del mismo lugar los prisioneros de guerra que ese traidor tomó en el Distrito de Pátzcuaro; cuyos nombres que se recuerdan son los siguientes, Teniente de infantería, Eufrasio Silva, Sargento 2º Juan Dueñas, Felipe N., procedente de la Legión Belga y diez de tropa sin recordar sus nombres.

Los cadáveres de esos infortunados servidores de la República que ascendieron á trece, fueron levantados y recogidos del lugar de la ejecución y sepultados en el panteón municipal de dicha Villa, por orden de la autoridad respectiva de aquel lugar.

Las fuerzas imperialistas de Zamora, asaltaron en el paraje de la Angostura, á las republicanas que mandaba el Coronel Rafael Arias, derrotándole y dispersándole la tropa, en Noviembre de 1866.

## Ataque y ocupación de la plaza de la Ciudad de Pátzcuaro.

La ciudad de Pátzcuaro fué atacada por las fuerzas republicanas en los días 5 y 6 de Enero de 1867, defendida de los imperialistas. Esas tropas pertenecían al Ejército del Centro y respectivamente á los Coroneles José Vicente Villada, José María Méndez Olivares, Rafael Garnica, Jesús Villanueva y Eugenio Ronda, todas mandadas en Jefe por el General Nicolás de Régules.

Una vez distribuidas convenientemente las que debían atacar la plaza á las inmediatas órdenes de sus respectivos jefes y colocada en los puntos que se juzgó más apropiado, el mismo General tuvo á bien disponer que la infantería de Yuriria mandada por el Mayor Ramón Macías, procedente de la Brigada del Coronel Ronda, se encargase de atacar la fortaleza de la parroquia que defendían los imperialistas; y en cumplimiento de esa orden, Macías, después de reconocer el punto y de tomar las precauciones conducentes, manda que su infantería cargue sobre dicha fortificación, rompiendo los fuegos y comenzando el ataque de la plaza por ese punto.

Después de algunos minutos de carga sobre dicha fortaleza, se hace general el ataque de los republicanos en los puntos ocupados por el enemigo. El Coronel Ronda, en vista de las bajas que estaban ocurriendo en la infantería de Yuriria, desprende de su lado al Teniente Eduardo Mendizábal, uno de sus Ayudantes entonces, y por ese conducto, le dice á Macías que siendo difícil obligar al